

# ¿Se descongela la Guerra Fría?

DALIA GONZÁLEZ DELGADO

**O**BAMA TROPEZÓ CON Putin en su camino hacia Damasco. Aunque el escenario real del conflicto es Siria, Estados Unidos y Rusia tienen papeles protagónicos. Los desacuerdos entre ambos países han llevado a algunos analistas a establecer paralelismos con la época en que dos grandes potencias se disputaban zonas de influencia.

“Las discrepancias entre Estados Unidos y Rusia con respecto a Oriente Medio parecen haber vuelto a encender la mentalidad de Guerra Fría”, dijo a Granma Samuel Freeman, profesor de la Universidad de Texas Pan-American. Según el académico, esa mentalidad persiste aún en algunos sectores estadounidenses.

Una opinión diferente defiende el profesor titular de la Universidad de La Habana Evelio Díaz: “Para muchos analistas las contradicciones ruso-norteamericanas en torno al complejo conflicto de Siria parecen reproducir un episodio de la llamada Guerra Fría. Pero es solo eso, el recuerdo que motiva”.

“La ‘Guerra Fría’ —término que el catedrático cubano entrecorriente— fue la expresión del antagonismo de las dos superpotencias que surgieron de la Segunda Guerra Mundial, que rivalizaban en todos los terrenos como representantes de dos sistemas sociales opuestos y con aspiraciones de expandirse y prevalecer, lo que condujo a un equilibrio bipolar que estuvo, en buena medida, las pretensiones de ambas partes.

“La situación de hoy es diferente. La actuación de Rusia está fundamentalmente motivada por su condición de gran potencia con intereses y medios de acción globales. Siria y su entorno, que como se sabe forman

parte del plan norteamericano para rediseñar el Oriente Medio, están muy vinculados a los intereses de Rusia, entre otras razones por la proximidad a su territorio. Eso explica la posición de Rusia, que en los últimos años, en la medida en que se ha ido fortaleciendo económicamente, viene desarrollando una política internacional cada día más activa, con el evidente propósito de recuperar, al menos, una parte de la influencia de su predecesora”, aseguró a este diario el especialista en Historia Contemporánea.

Joseph Dresen, del Centro Woodrow Wilson —un Tanque Pensante con sede en Washington—, tampoco considera que los desacuerdos entre Rusia y Estados Unidos representen un “regreso a la Guerra Fría”.

Durante aquel periodo, “la Unión Soviética y Estados Unidos se enfrentaron indirectamente en conflictos civiles alrededor del mundo. En cada uno de esos casos, había un componente ideológico para tomar uno u otro lado”, dijo a Granma.

“Ahora Rusia está preocupada por la inestabilidad y la violencia que ve en los países de la Primavera Árabe, y en otros como Libia e Iraq, donde los gobiernos fueron derrocados por la intervención militar de Estados Unidos y Occidente.

“Siria es un aliado cercano a Rusia, cliente de su armamento, y el lugar donde tienen una base naval. También quieren evitar la posibilidad de una nueva fuente de radicalismo islámico, especialmente uno que está geográficamente cerca de sus propios territorios en el Cáucaso. Pero lo que realmente preocupa a Rusia es la posibilidad de que un país sea atacado sin la autorización de la ONU”.

El propio presidente Putin ha asegurado que no está “protegiendo al Gobierno sirio, sino al derecho internacional”. En un artículo suyo



publicado en The New York Times, escribió que “las relaciones (entre Estados Unidos y Rusia) han pasado por diferentes etapas. Nos enfrentamos durante la Guerra Fría. Pero también fuimos aliados una vez y derrotamos juntos a los nazis”.

“Si podemos evitar el uso de la fuerza contra Siria, esto mejorará el clima de las relaciones internacionales y fortalecerá la confianza mutua. Para nosotros será un éxito compartido y abrirá la puerta a la cooperación en otras cuestiones fundamentales”, garantizó.

Por su parte, el presidente Barack Obama, durante una reciente entrevista con ABC News, dijo que “esto no es la Guerra Fría, no es una competencia entre Estados Unidos y Rusia”, y destacó que las relaciones bilaterales siempre han estado marcadas por la doctrina del expresidente Ronald Reagan: “confianza, pero vigilancia”.

Para Joseph Dresen, la razón “más convincente” por la cual este capítulo actual de las relaciones no es similar a uno de la Guerra Fría, es que ambos países están “cooperando con la iniciativa rusa” de que Siria entregue las armas químicas. “Eso tiene el potencial de girar las relaciones ruso-estadounidenses hacia una trayecto-

ria más positiva, si la iniciativa tiene éxito”.

Asimismo, Samuel Freeman confesó estar “agradecido” por la iniciativa rusa. “Si Obama lo piensa bien, se dará cuenta de que Rusia le hizo un gran favor, pues lo ha librado de un ataque militar, sin dañar a su gobierno más de lo que ya lo han dañado sus irreflexivas declaraciones sobre lo que haría Estados Unidos si el gobierno de Damasco utilizara las armas químicas”.

Freeman espera que, si Obama ve el asunto de esa manera, esto conduzca a una “reciprocidad con respecto a algunas preocupaciones rusas”, y eso lleve a un mejoramiento de las relaciones.

Esta vez la disputa no es entre dos potencias. El conflicto en Siria tiene más actores, y está en juego más que la suerte de ese pueblo árabe. “Por sus propios intereses, China se ha asociado a Rusia”, opina Evelio Díaz. “Ambas potencias abogan, junto con otros países, por la conformación de un mundo multipolar, lo que indudablemente proporcionará un mayor nivel de estabilidad y de paz. La tendencia a la multipolaridad, que va ganando adeptos y espacio, se fortalecerá o se debilitará de acuerdo con la dinámica y el fin del conflicto en Siria”.

## Aumenta capacidad operacional de Estados Unidos en América Latina y el Caribe

ABEL GONZÁLEZ SANTAMARÍA

**U**N INFORME CONJUNTO presentado recientemente por tres influyentes centros de investigación y análisis estadounidenses, especializados en estudios sobre el Hemisferio Occidental —Centro para Políticas Internacionales (CIP), Grupo de Trabajo para Asuntos Latinoamericanos (LAWGEF), y la Oficina en Washington para Asuntos Latinoamericanos (WOLA)— reveló que el gobierno norteamericano ha favorecido el empleo de Fuerzas de Operaciones Especiales en sus políticas de seguridad hacia la región.

Según el informe, titulado **Hora de escuchar: tendencias en asistencia de seguridad de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe**, estas Fuerzas Especiales serán cada vez más empleadas en América Latina para tareas de capacitación, de recaudación de inteligencia y otras misiones militares, bajo el rubro del viejo esquema de la lucha antiterrorista. Tales misiones cumplen funciones que van más allá de la mera provisión de entrenamiento y permiten que las unidades se familiaricen con el terreno, la cultura y los oficiales claves en países donde algún día podrían operar. Precisa que también permiten que el personal estadounidense reúna información confidencial sobre sus países anfitriones.

Agrega el estudio que en gran medida, lo que viene ocurriendo no se refleja en grandes presupuestos, sino que viene encubierto por un velo de misterio, deslucidos informes ante el Congreso y el público, y una migración del manejo de



programas del Departamento de Estado hacia el Departamento de Defensa. La capacidad de Estados Unidos para salir en defensa de los derechos humanos es socavada por sus propios antecedentes, plagados de defectos en materia de derechos humanos: el incumplimiento con cerrar la

base de Guantánamo, los vastos programas de vigilancia, y una política de utilización de aviones no tripulados que justifica las ejecuciones extrajudiciales.

Coinciden estos tres centros de estudio, que la naturaleza de la participación de Estados Unidos en la región está cambiando. En lugar de construir bases, emplear la Cuarta Flota o lanzar paquetes de ayuda de “gran envergadura” como el Plan Colombia o la Iniciativa Mérida, el involucramiento de las fuerzas armadas estadounidenses se está haciendo más ágil y flexible, pero aún menos transparente.

Como se aprecia, las noticias son poco alentadoras para los pueblos latinoamericanos y caribeños. Este reajuste responde a la actual estrategia estadounidense de “intervención encubierta” de baja visibilidad pública, que le permite poca presencia de tropas terrestres y mayor empleo de aviones no tripulados, ataques cibernéticos y fuerzas de Operaciones Especiales con capacidad de movimiento rápido y ligero.

Es evidente un cambio de táctica para enmascarar su agenda militarista, ensayada anteriormente con la política del “Buen Vecino” de la administración de Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), que le permitió mantener un control, visiblemente menos injerencista, sobre los ejércitos latinoamericanos, pero que en la práctica priorizó las acciones encubiertas de desestabilización en una época de depresión económica y guerras, nada más parecido a la actualidad. De ahí que la Gran Estrategia imperial se mantiene intacta.